

Donde duermen los niños

<http://www.buzzfeed.com/lynzybilling/imagenes-conmovedoras-que-muestran-donde-duermen-l#.yor9ddLq4>

Desde 2011, más de 4 millones de sirios se han visto forzados a dejar sus hogares a causa de la guerra, aún presente en el país.

Aproximadamente, la mitad de ellos son niños.

El fotógrafo sueco y dos veces ganador del premio World Press Photo, Magnus Wennman, tomó fotos

de refugiados sirios en campos de refugiados de Oriente Medio y también por las travesías hacia Europa, a donde se dirigen para huir del conflicto que no parece acabar. Su proyecto fotográfico Donde duermen los niños captura el sufrimiento que cientos de miles de niños sienten debido a la sangrienta guerra a la que están sometidos.

Todas las capturas de abajo están realizadas por Wennman.

www.worldcantwait.net



Maram, 8 años, en Ammán (Jordania)

Maram, de 8 años de edad, acababa de llegar a casa desde la escuela cuando un misil impactó en su casa. Un trozo de tejado cayó justo sobre su cabeza. Su madre la llevó al hospital de campaña y desde allí fue enviada en avión a la frontera de Jordania. El traumatismo craneal le causó una hemorragia cerebral. Durante los primeros 11 días, Maram estuvo en coma. Ahora está consciente, pero tiene la mandíbula rota y no puede hablar.



Lamar, 5 años, en Horgos (Serbia)

En su casa de Bagdad dejó las muñecas, el tren de juguete y la pelota. Lamar habla a menudo de dichos objetos cuando se menciona el hogar. La bomba lo cambió todo. La familia se dirigía a comprar comida cuando la bomba cayó cerca de su casa. No fue posible seguir viviendo allá en la casa, dice la abuela de Lamar, Sara. Tras dos intentos de cruzar el mar desde Turquía en un bote inflable, lograron llegar hasta la frontera cerrada de Hungría. Ahora Lamar duerme sobre una frazada en el bosque, asustada, helada y triste.



Walaa, 5 años, en Dar-El-las (Líbano)

Walaa, de 5 años de edad, quiere irse a casa. Según nos dice, ella tenía su propia habitación en Aleppo. Allá nunca solía llorar a la hora de dormir. Acá, en el campo de refugiados, llora todas las noches. Recostarte en la almohada es horrible, dice, porque las noches son un horror. Eso ocurrió cuando comenzaron los ataques. De día, la madre de Walaa construye a menudo una casita de almohadas para enseñar a su hija que no tienen que asustarse de nada.



Ahmad, 7 años, en Horgos (Serbia)

Incluso dormir no es un momento de descanso; es ahí donde se recuerda el horror. Ahmad estaba en la casa familiar cuando una bomba cayó sobre ella, en Idlib. La metralla impactó en su cabeza, pero él salió con vida. Su hermano pequeño no. La familia convivió con la guerra al igual que sus vecinos más cercanos durante años, pero sin hogar no tuvieron otra elección. Se vieron forzados a huir. Ahora Ahmad se encuentra junto con otros miles de refugiados en las calzadas de las autopistas que conducen a la frontera cerrada de Hungría. Es el día 16 de su viaje. La familia durmió en casetas de autobús, en la carretera y en el bosque, explica el padre de Ahmad.



Sham, 1 año, en Horgos (Serbia)

Justo enfrente de la frontera entre Serbia y Hungría, delante de la puerta de hierro de 4 metros de alto, se encuentra Sham en los brazos de su madre. A poquísimos metros tras ellos está la Europa que tan desesperadamente tratan de alcanzar. Tan solo un día antes, a los últimos refugiados se les permitió entrar y fueron llevados en tren hasta Austria. Pero Sham y su madre llegaron demasiado tarde, junto con otros miles de refugiados que ahora esperan fuera de la frontera húngara.



Magnus Wennman / Aftonbladet /REX Shutterstock

Iman, 2 años, en Azraq (Jordania)

Iman, de 2 años de edad, tiene neumonía y una enfermedad respiratoria. Este es su tercer día en esta cama de hospital. “Ella duerme ahora la mayor parte del tiempo”, dice su madre Olah, de 19 años. “Suele ser una niña muy feliz, pero ahora está cansada. Corre por todas partes cuando está bien. Le encanta jugar en la arena”.



Magnus Wennman / Aftonbladet /REX Shutterstock

Abdullah, 5 años, en Belgrado (Serbia)

Abdullah tiene una enfermedad sanguínea. Durante los últimos dos días, ha estado durmiendo fuera de la Estación Central de Belgrado. Presenció el asesinato de su hermana en su casa de Daraa. Sigue aún conmocionado y tiene pesadillas cada noche, cuenta su madre. Abdullah está cansado y no tiene buena salud, pero su madre no tiene dinero para comprarle medicamentos.



Magnus Wennman / Aftonbladet /REX Shutterstock

Fara, 2 años, en Azraq (Jordania)

A Fara, de 2 años de edad, le encanta el fútbol. Su padre trata de hacer pelotas para ella estrujando cualquiera cosa que encuentra, pero no duran mucho. Cada noche les da las buenas noches a Fara y a su hermana mayor Tisam, de 9 años, con la esperanza de poder darle a ella una buena pelota con la que pueda jugar. Los demás sueños parecen estar lejos de su alcance, pero no se va a rendir con éste.



Mahdi, 1 y medio, en Horgos (Serbia)

Mahdi tiene 1 año y medio. Solo ha vivido la guerra y la huida. Él duerme profundamente, a pesar de los cientos de refugiados que se amontonan junto a él. Protestan porque no pueden viajar más allá de Hungría. Al otro lado de la frontera, se encuentran cientos de policías. Tienen órdenes del primer ministro, Viktor Orban, de proteger la frontera a cualquier precio. La situación se está volviendo cada vez más desesperada y el día después de tomar la foto, la policía utilizó gas lacrimógeno y cañones de agua contra los refugiados.



Shehd, 7 años, en la frontera húngara

A Shehd le encanta dibujar, pero últimamente todos sus dibujos se centran en un solo tema: las armas. “Ella las vio todo el tiempo, en todas partes”, explica su madre, mientras la pequeña duerme en el suelo junto a la frontera cerrada de Hungría. Ya no dibuja. La familia no se llevó papel ni lápices de colores en su huida. Shehd tampoco juega ya. La huida hizo que los niños se convirtieran en adultos y, así, que tuvieran cierto interés en saber lo que ocurre en una hora o en un día. La familia tuvo problemas para encontrar comida durante la travesía. Algunos días tuvieron que conformarse con las manzanas que agarraban de los árboles que se encontraron por la carretera. Si la familia hubiese sabido lo complicado que iba a ser realizar el viaje, se habría quedado en Siria corriendo el riesgo.



Shiraz, 9 años, en Suruc (Turquía)

Shiraz, de 9 años de edad, tenía tres meses cuando sufrió una fiebre severa. El doctor le diagnosticó polio y aconsejó a sus padres que no gastaran demasiado dinero en medicamentos para una niña con tan pocas posibilidades. Después comenzó la guerra. Su madre, Leila, rompió a llorar cuando cuenta cómo envolvió a su hija en una frazada y la llevó hasta la frontera de Kobane con Turquía. A Shiraz, que no puede hablar, se le dio una cuna de madera en el campo de refugiados. En ella se tumba. Día y noche.



Magnus Wennman / Aftonbladet / REX Shutterstock

Moyad, 5 años, en Ammán (Jordania)

Moyad, de 5 años de edad, y su madre tenían que comprar harina para hacer un pastel de espinacas. Tomados de la mano, se dirigieron al mercado. Pasaron frente a un taxi que tenía una bomba. La madre de Moyad murió en el acto. El niño, que fue enviado en avión a Jordania, tenía metralla incrustada en la cabeza, la espalda y la pelvis.



Mohammed, 13 años, en un hospital de Nizip (Turquía)

A Mohammed, de 13 años, le encantan las casas. En su Aleppo natal solía disfrutar caminando por la ciudad para observarla. Ahora muchos de sus edificios favoritos ya no existen, están hechos pedazos. Tumbado en su cama de hospital, se pregunta si podrá cumplir su sueño de convertirse en arquitecto. “La cosa más extraña de la guerra es que te acostumbras a sentirte asustado. Nunca lo habría creído”, dice Mohammed.



Fatima, 9 años, en Norberg (Suecia)

Todas las noches, Fátima sueña que se cae de un barco. Junto a su madre, Malaki, y a sus dos hermanas, Fatima huyó de la ciudad de Idlib cuando el Ejército Nacional Sirio comenzó a masacrar inconscientemente a la población civil. Tras dos años en un campo de refugiados libanés, la situación se hizo insoportable y se dirigieron a Libia, donde embarcaron en un barco repleto de gente. En la cubierta del barco, una mujer dio a luz a su hijo tras 12 horas bajo el sol abrasador. Su bebé nació muerto y fue arrojado por la borda. Fatima lo vio todo. Cuando el barco de los refugiados comenzó a llenarse de agua, éstos fueron rescatados por la Guardia Costera italiana.



Tamam, 5 años, en Azraq (Jordania)

Tamam, de 5 años de edad, tiene miedo de su almohada. Lloro todas las noches a la hora de dormir. Los ataques aéreos en su Homs natal solían ocurrir frecuentemente de noche y, aunque no duerme en su casa desde hace ahora dos años, sigue sin darse cuenta de que su almohada no es la causa del peligro.



Abdul Karim, 17 años, en Atenas (Grecia)

A Abdul Karim Addo no le queda dinero. Con sus últimos euros compró un boleto para el transbordador con destino a Atenas. Ahora pasa la noche en la plaza Omonia, a donde cientos de refugiados llegan cada día. Acá los traficantes están haciendo grandes sumas de dinero ofreciendo pasaportes falsos y boletos de autobús y avión para la gente que realiza la travesía, pero Abdul Karim no va a ninguna parte. Pide prestado un celular para llamar a su madre, que se encuentra en Siria, pero no es capaz de decirle que la cosa va mal. “Ella llora y se asusta por mí, y no quiero preocuparla más”, dice. Él despliega su frazada en medio de la plaza y se acurruca en posición fetal. “Sueño dos cosas: con dormir en una cama de nuevo y con abrazar a mi hermana pequeña”.